

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 116
Abril - Junio 1999

DESAFIOS ACTUALES DE LA REFLEXION FILOSOFICA EN AMERICA LATINA*

Vicente Santuc, s.j.**

Ese es el tema que debo tratar. Puede parecer extraño que sea un francés quien trate dicho tema en este evento. Es la amistad de con el organizador de este encuentro la que me ha comprometido a ello; y, también, no sé que tipo de "inocencia" me ha llevado a aceptarlo. Pero, en fin, quizás podamos reconocer en esa circunstancia una manifestación de la globalización actual que nos lleva a relativizar las particularidades nacionales heredadas.

Asumo pues el riesgo de una palabra propia, aquí, para procurar provocar otras palabras en Uds. en vistas al diálogo. No esperen exhaustividad, ni no sé que objetividad, en un texto que tuve que preparar en los tiempos vacíos del Seminario que tenemos.

Arrancaré con unas frases de Mefistófeles en el Acto I del Fausto de Goethe. La lucidez de sus palabras me parece pertinente para nuestras circunstancias postmodernas. Dice: "Con júbilo, arriésgate... Desprecia razón y ciencia, fuerza suprema del hombre... Amigo, gris es toda teoría. La razón llega a convertirse en delirio... Pero, todo de oro reverdece el árbol de la vida".

En esas palabras encuentro expresadas las dimensiones de

* Conferencia dada en el Centro BONO, Santo Domingo 18 -07- 95, en ocasión del Encuentro del Equipo Jesuita de Reflexión Filosófica desde América Latina.

** Filósofo. Director de la Escuela Superior de Filosofía Antonio Ruiz de Montoya,

los desafíos del pensar filosófico hoy y sus asideros de posibilidad.

1º- Se trata de arriesgarse a una palabra nueva hoy, desde América Latina, pero, lo sabemos, en el contexto de globalización que es el nuestro.

2º- Después nos dice: “Gris es toda teoría. Sospechosas razón y ciencia” que fueron nuestra seguridad y fuerza hasta ahora. Eso coincide con el discurso de cierta postmodernidad.

3º- Acaba diciéndonos: “Pero el árbol de la vida sigue de pie y siempre de oro reverdece”. El don de la vida nos sigue alcanzando y de él podemos fiarnos.

Primer Punto: La crisis en la cual estamos.

Estamos en crisis en América Latina; y sabemos que es el mundo entero el que está en crisis. Todos lo dicen; todo lo dice. Pero la filosofía ha cruzado muchas épocas de crisis. Más aún ciertos dicen: “Las épocas de crisis son épocas de filosofía; épocas en donde ella se hace más urgente y necesaria”. Urgente y necesaria la filosofía como acto de lucidez, de juicio, de reconocimiento de lo que son las lógicas que nos llevan, y de lo que hay de razón, razonable en la vida del ser humano y sus relaciones. Juicio y reconocimiento también de lo que hay de entrapmes y falsos problemas.

Nos toca hacer ese esfuerzo desde A.L., pero sin olvidar que nuestra crisis se inscribe en una crisis universal: crisis de la humanidad planetaria, hoy día, y que se expresa en todos los “post” que se diagnostican.

Estamos en una era “post”: post-industrial, post-trabajo, post-filosofía, post-moderna. El “post” indica una secuencia temporal, pero señala también, quizás, como dice Castoriadis, el vacío conceptual de una época que no sabe qué cosa afirmar de ella misma.

Herederio de los judíos y de los griegos, herederio del judeo-cristianismo, el mundo occidental fue, largo tiempo, seguro de sí mismo, confiando en su razón instrumental, científica y técnica, como también de su razón ética y política. Pero Occidente ha em-

DESAFIOS ACTUALES DE LA REFLEXION...

pezado a dudar de sí mismo. Eso empezó cuando tomó conciencia que él mismo había producido el horror de los campos de concentración nazi - la peor instrumentalización sistemática del hombre por el hombre-, y cuando se dejó cuestionar por la existencia de otras culturas, en donde el ser humano pudo ser humano y que Occidente no había tenido en cuenta en la proyección de su imagen del ser humano.

Es la razón instrumental, funcional, económico-comercial de Occidente la que, en su expansión planetaria, ha acabado por inscribir a toda la humanidad en la telaraña de sus dinámicas. Y, hoy, Occidente se cuestiona sobre lo que ha hecho y provocado:

- Ya no hay cultura tradicional totalmente autónoma; y todas las culturas están hoy en crisis.

- La lógica de competencia, de fuerza, de racionalización de la Economía, lejos de garantizar bienes y servicios para todos, produce eliminados que llaman a la puerta de los países del centro del sistema. Ya ellos se sienten desbordados.

- La internacionalidad de la máquina productiva cruza y desborda el principio de autonomía y soberanía nacional, imposibilitando el asentamiento de identidades culturales y de ciudadanía nacionales.

- El principio de soberanía nacional, junto con las relaciones de violencia que desarrolla entre países, ha conducido a la producción y proliferación de la bomba atómica que amenaza la sobrevivencia de la humanidad.

- Dejada a su ceguera, sin finalidad humana, la máquina económico-productiva amenaza al habitat ecológico humano.

Así podemos seguir con el diagnóstico de la crisis actual, que no es crisis de tal o cual país, sino crisis de todos los seres humanos y de todas las culturas hoy día. Pero no basta con diagnosticar o denunciar las diferentes dimensiones de la crisis: crisis de las estructuras, de los lenguajes, de los relatos justificadores y de las pruebas en razones, o crisis de las éticas y del trabajo moderno etc., todas dimensiones que nos han cobijado hasta la

fecha. No basta con denunciar las reacciones fundamentalistas, relativistas, historicistas, emotivistas que presenciamos y que la crisis provoca. Tampoco basta con lamentar la “muerte de Dios”, es decir de cierta representación de Dios y el agotamiento de los discursos funcionales a partir de esa representación.

Hay que procurar comprender, es decir entender lo que significan ciertas actitudes y ciertos discursos que fueron absolutización de abstracciones, de consideraciones parciales de ciertas dimensiones de la vida del ser humano. Hay que comprender cómo las circunstancias de esa crisis generalizada no nos permiten retomar discursos de ayer. Ya no podemos, en las circunstancias de la globalización, retomar los relatos que respondían a las preguntas: “¿Qué somos? o ¿Qué debemos hacer?” en los términos de la tradición narrativa, diciendo “debemos ser lo que somos, lo que siempre hemos sido”.

Ya hemos aprendido a tomar en serio la historia. Mucho de la historia de la humanidad se reparte en tradiciones culturales que queremos respetar. Pero desde dos siglos, son las mismas olas de una misma historia las que nos hacen acostar a preguntas comunes.

La postmodernidad que señala el fin de tantos discursos y representaciones nos asigna así a una palabra creadora, inauguradora, en la cual todos, hombres del Norte y del Sur, del Este y del Oeste, podamos sentirnos expresados y expresándonos.

La tentación permanente del ser humano, en su búsqueda de fundamentación y de justificación, es la de enquistarse en la nominación, en la apertura de sentido de un momento dado. Sabemos denunciar eso en la repetición justificadora del relato mítico tradicional, y nos sorprendemos de tener que reconocerlo en la fundamentación en razones de la lógica identitaria metafísica o en la prueba científica del entendimiento.

Pero lo que requiere la humanidad globalizada, quizás ya no sean mitos - ni tradicionales, ni modernos - que busquen su justificación en “actos fundadores de ayer”,- sino relatos de emancipación que busquen su legitimidad en un futuro por hacer advenir

para el ser humano todo y para todos los seres humanos, o idea de los Derechos Humanos exigibles a todo Derecho Positivo y a toda aplicación de los mismos. Idea con la cual nunca se puede cumplir a cabalidad, pero idea que tiene un valor legitimante porque es universal, y por que puede y debe orientar el pensar y el actuar hoy, sin decirnos, es cierto, el Cómo.

Segundo Punto: Se trata de arriesgarse a una palabra nueva.

Pero, ¿cómo podemos pensar esa palabra nueva? Primero, constatemos una cosa. Si las insatisfacciones antes mencionadas son posibles de diagnosticar, es que algo en el hombre, en nosotros, supera la empiria en donde nos sentimos atrapados. En esa insatisfacción se manifiesta la verdadera realidad del hombre, como el fondo de la realidad contingente que se da. Allí el ser humano se manifiesta como distancia, libertad, lenguaje y allí se manifiesta la existencia de un pensar posible destacado de lo inmediato. Y eso es verdad tanto para el campesino latinoamericano como para el Indio de la selva amazónica, como también para el profesional... Todos insatisfechos buscan algo.

De forma incoativa, muchas veces, pero real, el pensar está allí como referencia necesaria a un "deber ser" enraizado en la fe en un sentido posible de este mundo y de nuestra vida, y enraizado en el hecho que el ser humano está siempre ya orientado por y hacia un razonable posible entre los humanos. Sin ese pensar -aunque incoactivo- nuestra vida no podría aparecernos. Estaríamos como los animales, la nariz pegada sobre las cosas.

Ese despegarse de las cosas siempre ha ocurrido y siempre ocurre en el lenguaje. Sintomático de la conciencia de ello es el giro lingüístico de la filosofía hoy. Y es, hacia ello que me parece importante mirar, para percibir cómo la postmodernidad, que diagnostica el fin de tantos discursos y de tantas representaciones, nos asigna a una palabra creadora.

Hoy todas las disciplinas están marcadas por ese giro lingüístico. Incluso las ciencias de la naturaleza ya no pretenden a un

discurso científico descriptivo de un objeto. Saben que su discurso no es más una que un conjunto de fórmulas útiles y verificables por su operacionalidad temporal sobre una realidad que siempre escapa.

La filosofía, por diferentes lados, regresa al lenguaje ordinario. Ya ha tomado conciencia que por más elaboradas y sofisticadas que sean sus categorías y sus conceptos, a fin de cuentas, quedan siempre enraizados en el lenguaje de todos los días. Lo sabemos desde Aristóteles, la tabla de categorías -ese aparato lógico que señala la apertura posible de toda inteligibilidad- no es más que la sistematización de las formas de atribución del lenguaje ordinario. Y ya sabemos que no podemos pretender apoyarnos sobre la formalidad lógica como sobre algo que nos garantiza una seguridad incuestionable.

Se trata, a fin de cuentas, de regresar a la palabra y al lenguaje en lo que son y siempre han sido. Espacio de intersubjetividad, y espacio en donde un grupo asume el riesgo de poner en forma, de poner en sentido y en representación un mundo suyo. Fue el gesto de toda cultura en sus inicios y es el gesto que exige todo momento de crisis.

El lenguaje no es; se crea. Es espontaneidad; en él se revela el ser; el ser del hombre y el ser del mundo: o sea la realidad, es decir la relación hombre/mundo. Todo "hay" está en él. El es la inteligibilidad siempre renaciendo; es el acto de abrir el mundo que nunca acaba. Nuestro desafío, en América Latina como en el planeta en su totalidad, es regresar al lenguaje en esa fuerza y esa productividad suyas.

Al mismo tiempo que las circunstancias actuales nos llevan a la conciencia de la necesidad de esa palabra inauguradora, creo que las mismas circunstancias nos dicen su espacio, sus dimensiones y sus asideros de posibilidad. Y hoy, más que ayer quizás, sabemos reconocer esos asideros de posibilidad:

-Están en la intersubjetividad que es todo lenguaje. Pero hoy se trata de una intersubjetividad a nivel planetario y que sabe que tiene que respetar las diferencias culturales como particularidades a servir.

-Asidero de posibilidad es el saber que todos nacemos en una ética, y en una fe en el otro. De ellas venimos, en ellas nos movemos y hacia ellas también siempre, todos y todas, caminamos.

-Asideros de posibilidad son también todas las instituciones y estructuras existentes, que si bien no son portadoras de la mediación requerida hoy, sin embargo nos dicen que no todo entre los seres humanos es violencia, egoísmo o eliminación. Nos enlazan a nivel nacional e internacional estructuras que hablan de voluntad de razón, de lo razonable entre nosotros, humanos de este fin de siglo.

-Hoy, más que ayer (eso es lo que nos ha aportado el psicoanálisis y otras ciencias atentas al cuerpo y a la sensibilidad) sabemos que el ser humano nace preñado del otro, asignado al otro. Ya no se trata de probar la socialidad humana. Evidentemente, desde siempre nos decía eso el ombligo, nos decía que eramos "pedazo de"; pero lo habíamos olvidado. Hoy, una nueva atención el cuerpo, al sentir, nos lleva a pensar en otros espacios de verificación de la pertinencia de las cosas; y el pensar está atento a las dimensiones estéticas de la vida. En la sensibilidad, la persona humana de hoy se siente asignado al otro, al mundo, y siente un "fuera de sí" gracias al cual es ella misma.

-Surge pues un **sentimiento metafísico nuevo**. El ser humano siente, escucha que está llamado y que está habitado por el otro, por lo Otro. La palabra nueva por producir sabe que tiene que integrar y evocar la sorpresa de ese ser que excede el propio pensamiento del ser. Diferente del conocimiento que objetiva, la palabra allí sabe que debe poner en presencia de lo originario en nosotros.

-Allí está también la nueva experiencia de la contingencia a la cual nos llevan diferentes dimensiones de nuestro mundo actual. Son:

- . la muerte de Dios y de los absolutos de ayer, portadores de sentido.
- . la experiencia de tanta desgracia inútil y que es nuestra producción.

- . la experiencia de que el bien y el mal descansan sobre decisiones que sabremos o no tomar. Ni el bien ni el mal están inscritos en una lógica sustancial de la historia.
- . finalmente, otra dimensión del sentimiento de contingencia es la experiencia del miedo por la amenaza de la bomba atómica o del desprecio ecológico.

Contingencia quiere expresar aquí nuestro sentir abierto a la erosión de nuestras autosuficiencias y expresa también el sentir de que juntos estamos recibidos y entregados a algo que nos desborda. Creo que ya viene el momento en que, muertos los absolutos de ayer, el hombre ya no se siente tanto como “pastor o guardián del ser”, sino como guardián y pastor del hombre mismo, de la humanidad en el hombre.

Es allí en donde el filosofar desde América Latina puede recibir mucho de las sabidurías populares tradicionales latinoamericanas como también del sentir erótico, estético o festivo latinoamericano. Si hay algo que uno siente al llegar a América Latina y al sumergirse en sus mundos, es la afirmación permanente de lo otro, de los otros. Lo que recibe uno, y lo que hoy puede recibir la filosofía de América Latina, es el sentimiento de nuestro parentesco con el universo, y es la afirmación que la presencia del hombre al mundo -presencia de ese ser natural y libre- no está en primera instancia del lado del trabajo o de la teoría, sino en una actitud, en una forma de vivir el mundo y de gozar de él. Una cosa me han hecho sentir las comunidades de la costa, de la sierra y de la selva del Perú es que la vida, primero es don y profusión.

También me hicieron sentir cuanto la vida humana es confianza en el otro, inter-relación, dependencia asumida.

En espacios humanos, más o menos integrados a las dinámicas mundiales, el hombre y la mujer latinoamericanos todavía no han sido del todo desvestidos de los interdependencias originarias con el otro o con la naturaleza, para ser proyectados como individuos, a jugar en los espacios abstractos en los cuales la racionalidad moderna ha repartido la vida humana: lo económico, lo político, lo ético, la vida cotidiana. Todavía quedan espacios de

propiedad asociativa comunitaria que resisten a la afirmación del carácter absoluto de la propiedad privada, como soporte de la personalidad social.

Pero al mismo tiempo que tienen un pie en sus tradiciones, sus sabidurías, sus maneras de saborear la vida, los latinoamericanos quieren ser ciudadanos modernos, productores y consumidores modernos.

Con tensión y con algunas perversidades,- la solidaridad tornándose complicidad, la inteligencia invirtiéndose en un espíritu criollo anómico,- el hombre y la mujer latinoamericanos viven en el entrecruce de esos dos mundos. La filosofía tiene que asumir las preguntas que allí se plantean: son de tipo económico, político, ético, cultural y plantean a la filosofía la urgencia de reconocer las dinámicas y lógicas portadoras de razonabilidad e institucionalización posibles, y reconocer y juzgar también las dinámicas disociadoras y productoras de asocialidad, anomía y violencia.

Finalmente, llego a mi tercer y último punto en esta presentación demasiado larga ya, pero demasiado corta también considerando los puntos evocados.

Tercer punto: “El árbol de la vida sigue de pie y siempre reverdece”.

El don de la vida sigue alcanzándonos y de él tenemos que fiarnos. Es lo que uno recibe de América Latina. Tanto de los problemas evocados al principio, como a partir del sentir de lo otro latinoamericano, y como también del entrecruce de lógicas recién señalado, brota una interrogación prescriptiva para el “nosotros planetario” de hoy y para el “nosotros latinoamericano”, pregunta tanto para el lenguaje como para la acción: ¿Qué debemos ser? ¿Qué podemos hacer?.

No es interrogación en el registro de la explicación o de la determinación, sino interrogación sobre las capacidades y las posibilidades del ser humano. De la evidencia de la crisis universal, - para quien sabe mirar y escuchar,- de la experiencia de la contingencia que juntos hacemos en las múltiples dimensiones ya se-

ñaladas, de la insatisfacción de la inseguridad -y del miedo que **las dos nos inducen-, surge la tarea que nos es dada: “hacer un mundo humano”**, aparentemente sólo a partir de nosotros mismos o más bien a partir de lo que el ser humano encuentra: su cuerpo, su sensibilidad, su deseo de “vivir bien”, los demás, el mundo, el lenguaje.

¿Qué debemos ser? ¿Qué podemos ser? Son viejas las preguntas, pero quién las formula es nuevo. Es una persona que ha pasado por una larga historia y ha aprendido algo de ella. Ese ser humano se sabe hoy día irremediabilmente enlazado en un nuevo “Nosotros” que tiene las dimensiones de la humanidad de hoy, y cuya voz múltiple cada uno escucha, lo quiera o no. Se escucha la voz de los desheredados que son la mayoría, y se siente su miedo y su impaciencia para que las cosas cambien. Pero se escucha también la voz de la minoría, de los poderosos encerrados en su lógica de fuerza, de “porqués” y “para qué” abstractos, y se siente también la otra cara del miedo, el de aquellos que temen que algo cambie.

América Latina es continente en donde esos dos tipos de voces se escuchan con fuerza y en donde se siente con particular fuerza los dos tipos de miedos. ¿No será desde esa escucha y desde ese sentir que lo que debemos ser tendrá que pensarse?. Lo sentimos, lo intuimos la respuesta exigida, la nueva palabra inauguradora tiene inmediatamente dimensiones éticas y políticas. Y para decirlo rápidamente, creo que la nueva palabra y la nueva acción tienen que someterse al principio formal de siempre: es inmoral todo aquello que no puede ser universalizable. Exigencia ética formal y negativa que no prescribe nada positivo sustancial, pero que es suficiente para juzgar y rechazar la máxima de una conducta que no es conforme a la universalidad. La tematización discursiva, reflexiva u otra no es lo más importante. Pero, sí, son importantes las estructuras de mediación que hay que producir al nivel mundial y Latino Americano. Pero aquí, hoy, no podemos preocuparnos por las formas y figuras históricas particulares en las cuales se podrá vivir la exigencia. Tienen que advenir. Es difícil prejuzgarlas.

Lo que quisiera, para terminar, es señalar cómo desde América Latina, la escucha de las voces y el sentir de los miedos antes señalados, así como también el sentir las tensiones vividas en razón del entrecruce de mundos tradicional y moderno, y finalmente, el sentir erótico-estético-festivo latinoamericano, que más arriba señalé, nos invitan, aquí más que en otros sitios, a procurar pensar la ética más en el registro estético que en el registro jurídico.

De momento me convencen las pistas exploradas por Kant a partir del “respeto”. El nos dijo que en ese sentimiento confluyen lo que la sensibilidad recibe: **por un lado** el sentirse asignado, interesado por la ley moral, y **por otro lado** el sentirse interpelado, llamado por lo sublime; lo otro, aquello que nos desborda. Nos excede algo insondable en nosotros; raíz desconocida y porvenir que llama. En ese sentir confluyen los dos “sentires” Latino Americanos que ya subrayé: el miedo despertado por la crisis, y la atracción festiva, celebrativa, por la generosidad de una vida que desborda todos nuestros esquemas.

Sabemos que pensar la ética en el registro estético es también regresar a Platón, que la pensaba en términos de armonía y equilibrio. De armonía y equilibrio nos hablan también los físicos actuales cuando nos expresan eso del “orden por el ruido” en la materia. El axioma que podría presidir el registro estético de la moral podría ser: “Escucha, escucha todas las voces. Busca la armonía. Sé presente; haz vivir armónicamente lo que es”. La ética estaría entonces del lado del arte de vivir, compartiendo con el arte el gusto, la urgencia y la necesidad de la creación armónica de formas y estructuras de mediación. La ética estaría del lado de la libertad, del deseo de comunicar; del lado del sentido, del ensayo, de la presencia y de la escucha de lo otro, en mí, en los demás.

Más que de conformidad a reglas, se trataría de creación, de obra, de realización del hombre mismo ¿Por qué? ¿para qué? Por nada. Porque de eso se trata, nos dice la sabiduría popular latinoamericana.

El juicio, en vez de apuntar al acto, estaría más atento a la

génesis, al camino, a la escucha de lo que esta adviniendo -igual que el músico atento al diálogo de las notas e instrumentos-, y atento a la armonía que siempre adviene y hace advenir. En vez de dominio consciente y voluntario, se trataría de dejar advenir, dejar darse, favorecer el advenimiento de aquello que en todos quiere advenir y cantar, y jugar en nosotros y gracias a nosotros.

No desconozco lo que tal planteamiento puede tener de utópico en el mal sentido de la palabra. Supone, exige actitudes nuevas, motivaciones nuevas, insistencia nueva sobre la educación más que sobre la instrucción. Pero ¿explorar lo que puede, lo que debe ser no será también uno de los roles de la filosofía? Quizás ella no sea únicamente “como la lechuza de Minerva que toma su vuelo al anochecer”. Sin jugar con la bola de cristal, quizás con Nietzsche podamos pensar que el filósofo está orientado hacia el porvenir y que tendría que ser legislador del mañana, diciendo al “hacia dónde” y el “porqué” de lo humano.

En todo lo que acabo de decir, está lo esencial de lo que escuché, recibí y percibí en mis 18 años con las comunidades campesinas de la costa peruana. Es lo que me hace pensar que por allí va lo que la filosofía desde América Latina tendría que saber expresar. Y creo que lo mismo puede reconocerse en las dos grandes tendencias de filosofía Latino Americana, tanto la filosofía simbólico-cultural como la de la liberación. Lo que queda pues es un “quehacer” y un arriesgarse al juicio para orientarnos, y encontrar la palabra nueva que las circunstancias exigen. Eso estará siempre enmarcado en el creer en un sentido posible. Y allí está también nuestro deber: actuar “como si” ese sentido fuera ya realidad, es la mejor y la única manera de hacerlo advenir. Eso depende de nosotros, si queremos.